

LAS AVENTURAS DE PINOCHO



A penas entrando en su casa, Gepeto fuese a buscar sin perder un instante los útiles de trabajo, poniéndose a tallar y fabricar su muñeco.

— ¿Qué nombre le pondré? —preguntándose a sí mismo—. Le llamaré Pinocho. Este nombre le traerá fortuna. He conocido una familia de Pinochos. Pinocho el padre, Pinocha la madre y Pinocho los chiquillos, y todos lo pasaban muy bien. El más rico de todos ellos pedía limosna. Una vez elegido el nombre de su muñeco, comenzó a trabajar de firme, haciéndole primero los cabellos, después la frente y luego los ojos.

Ya se imaginarán su maravilla cuando hechos los ojos, advirtió que se movían y que le miraban fijamente.

Gepeto, viéndose observado por aquel par de ojos de madera, sintiéndose casi molesto y dijo con acento resentido:

—Ojitos de madera, ¿por qué me miran?

Nadie contestó.

Entonces, después de los ojos, le hizo la nariz; pero, así que estuvo lista, empezó a crecer; y crecer convirtiéndose en pocos minutos en una narizota que no se acababa nunca.

El pobre Gepeto se esforzaba en recortársela, pero cuando más la acertaba y recortaba, más larga era la impertinente nariz.

No había terminado de construir la boca cuando de súbito ésta empezó a reírse y a burlarse de él.

Después de la nariz hizo la boca.

— ¡Deja de reír!—dijo Gepeto enfadado; pero fue como si se lo hubiera dicho a la pared.

— ¡Para de reír, te repito! —gritó con amenazadora voz.

Entonces la boca paró de reír, pero le sacó toda la lengua.

Gepeto, para no desbaratar su obra, fingió no darse cuenta y continuó trabajando.



Después de la boca, le hizo la barba; luego el cuello, la espalda, la barriguita, los brazos y las manos.

Recién acabadas las manos, Gepeto sintió que le quitaban la peluca de la cabeza. Levantó la vista y, ¿qué es lo que vio? Vio su peluca amarilla en manos del muñeco

— ¡Pinocho!... ¡Devuélveme en seguida mi peluca!

Pero Pinocho, en vez de devolverle la peluca, se la puso en su propia cabeza, quedándose medio ahogado metido en ella.

Ante aquellas demostraciones de insolencia y de poco respeto, Gepeto se puso triste y pensativo como no lo había estado en su vida; y dirigiéndose a Pinocho, le dijo:

¡Diablo de chico! ¡No estás todavía acabado de hacer y ya empiezas a faltarle el respeto a tu padre! ¡Mal hijo mío, muy mal!

Y se secó una lágrima.

Quedaban todavía por modelar las piernas y los pies.

Cuando Gepeto terminó de hacerle los pies, recibió una patada en la punta de la nariz.

— ¡Bien merecido lo tengo!—dijo para sí—. ¡He debido pensarlo antes; ahora ya es tarde!

Después tomó el muñeco por las axilas, y lo puso en el suelo para enseñarle a andar.

Pinocho tenía las piernas agarrotadas y no sabía moverse, por lo cual Gepeto le llevaba de la mano, enseñándole a echar un pie tras otro.

Cuando ya las piernas se fueron soltando, Pinocho empezó primero a andar solo, y después a correr por la habitación, hasta que al llegar frente a la puerta se puso de un salto en la calle y escapó como una centella.

El pobre Gepeto corría detrás sin poder alcanzarle, porque aquel diablejo de Pinocho corría a saltos como una liebre, haciendo sus pies de madera más ruido en el empedrado de la calle que veinte pares de zuecos de aldeanos.



— ¡Atrápenlo, atrápenlo! —gritaba Gepeto; pero las personas que en aquel momento andaban por la calle, al ver aquel muñeco de madera corriendo a todo correr, se paraban a contemplarle encantadas de admiración, y reían, reían, reían como ya te puedes imaginar.

Afortunadamente un guardia de orden público acertó pasar por allí, y al oír aquel escándalo creyó que se trataría de algún aprendiz travieso que habría levantado la mano a su maestro, y con ánimo esforzado se plantó en medio de la calle con las piernas abiertas, decidido a impedir el paso y evitar que ocurrieran más desgracias

Cuando Pinocho vio desde lejos aquel obstáculo que se ofrecía a su carrera vertiginosa, intentó pasar por sorpresa, escurriéndose entre las piernas del guardia; pero se llevó chasco.

El guardia ni tuvo que moverse. La nariz de Pinocho era tan enorme que se le vino a las manos ella solita. Le atrapo, y le puso en manos de Gepeto, quien quiso propinar a Pinocho, en castigo de su travesura, un buen tirón de orejas.

Pero figuraos qué cara pondría cuando, al buscarle las orejas, vio que no se las encuentra. ¿Sabéis por qué? Porque, en su afán de acabar el muñeco, se había olvidado de hacérselas

Entonces le agarró por el cuello, y mientras lo llevaba de este modo, le decía mirándole furioso:

— ¡Vamos a casa! ¡Ya te cobraré allí las cuentas!

Al oír estas palabras se tiró Pinocho al suelo y se negó a seguir andando. Mientras tanto iba formándose alrededor un grupo de curiosos y de papanatas.

¡Pobre muñeco! —decían unos—. Tiene razón en no querer ir a su casa. ¡Quién sabe lo que hará con él ese bárbaro de Gepeto!

Ese Gepeto parece un buen hombre; pero es muy cruel con los muchachos. Si le dejan a ese pobre muñeco en sus manos, es capaz de hacerle pedazos.

Gepeto, el cual, no sabiendo qué decir para defenderse, lloraba como un becerro; cuando iba camino de la cárcel, balbuceaba entre sollozos:

— ¡Hijo ingrato! ¡Y pensar que me ha costado tanto trabajo hacerlo! ¡Me está muy bien empleado! ¡He debido pensarlo antes!

CARLO COLLODI